

NOE
CASADO



DAME



Oportunidad

*Dame una
oportunidad*

Noe Casado

Esencia/Planeta

© Noemí Ordóñez Casado, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2023
ISBN: 978-84-08-27890-0
Depósito legal: B. 14.352-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

A pesar de mis rogativas, protestas y demás intentos para no acudir a esta cita, me he visto obligada porque Diego me ha amenazado con romper de manera irrevocable nuestra relación si no me presentaba a la reunión que ha organizado con la productora de *Entre mis recuerdos*. Así es cómo se llama la ópera rock en la que insiste en que participe (como protagonista, obviamente).

Después de mostrarme ese abominable vídeo, me entregó un pequeño dossier con el argumento y los principales papeles de la obra para que lo estudiara. Sin duda se trataba de una sinopsis nada despreciable:

Pastora y Manu se conocen en el instituto. Se hacen amigos y después... ocurre lo inevitable: se enamoran y acaban siendo novios. Además, tienen un sueño común: cantar.

Se presentan juntos a multitud de pruebas, *castings* y concursos de talentos sin demasiada suerte; como mucho les sale algún que otro bolo en fiestas de poca monta.

Cuando por fin la fortuna les sonríe, resulta que lo hace a medias. Un cazatalentos le ofrece a Pastora la oportunidad de su vida, solo a ella. Eso supone tener que dejar a Manu en la estacada, algo a lo que no está dispuesta. Pero él no va a permitir que Pastora renuncie a su sueño, así que miente y dice que también le han hecho una oferta irrechazable y que sus caminos deben separarse.

Se comprometen a mantener el contacto pase lo que pase y a que cuando ambos hayan triunfado por su cuenta, volverán a estar juntos. Hacen una promesa.

Y Manu tarda muy poco en romperla.

Diez años más tarde, Pastora es toda una estrella. Ha conquistado los escenarios como cantante y actriz. En cambio, Manu hace ya mucho que olvidó sus aspiraciones artísticas, pues la realidad le ha dado unas cuantas bofetadas y no le queda otra que trabajar en lo que le sale para vivir. Se ha vuelto un tipo reservado, amargado, un cínico que ha ignorado todos los mensajes de la que fue su mejor amiga, su primer amor. Cada vez que ha visto una noticia sobre sus éxitos o ha oído su voz, solo ha logrado sentirse un puto fracasado y volverse más insoportable.

Pero en uno de esos jodidos giros del destino, Pastora aparece un día, acompañada de su prometido, en el restaurante en el que Manu trabaja de camarero.

Ella se queda sin palabras al verlo tan hecho polvo; no puede creer que ese tipo sea el mismo chico con el que vivió una historia preciosa.

Y Manu... deja salir su lado rencoroso y, lo que es peor, celoso al verla feliz con otro. Sin embargo, ella no es tan feliz como pensaba... y menos aún cuando los recuerdos acuden en tromba a su cabeza y se pregunta si de verdad el hombre con el que se ha prometido es a quien ama.

Él intenta esquivarla para que su amargura no le haga decir algo de lo que después se arrepienta toda su vida; no obstante, Pastora no va a seguir adelante si antes no soluciona sus asuntos del pasado.

Leí con calma cada párrafo y, sí, me sentí intrigada por cómo se desarrollaría la acción. Se trataba de una historia de amor más moderna de las que yo había interpretado, desde luego, aunque... no sé, albergué y sigo albergando dudas sobre

mi participación en esta producción, porque yo nunca he cantado piezas actuales en público.

La reunión de hoy es para que la directora del proyecto me explique sus expectativas y terminar de convencerme. No es la cuestión económica la que me preocupa en primer lugar (pese a haber tenido que rebajar mi caché), sino el riesgo que asumo, pues quizá luego no me dejen regresar al circuito lírico.

Y tampoco estoy de buen humor, pues he tratado de contactar con mi marido y este, además de tener el teléfono apagado, no me responde a los correos electrónicos. Diego dice que se ha dado a la fuga y que me olvide de Eladio. Pero no puedo, no me da la gana; exijo una explicación y la oportunidad de decirle a la cara lo que opino de sus tejemanejes.

Por si fuera poco, tengo que mudarme de casa, abandonar mi refugio e instalarme (no sé si lo soportaré) en la ciudad. Según Diego, si acepto alojarme en el sitio que me proporcionará la productora, me ahorraré bastante dinero en alquiler.

¡¿Y para esto he trabajado tanto?!

—Respira, Tatiana, que hoy solo es una reunión informal —me indica Diego en voz baja.

—Me da la sensación de que todo esto te divierte.

—Así es —admite, y es que mi agente rara vez, por no decir nunca, me miente. A veces odio su brutal honestidad. En más de una ocasión le he pedido que me mienta, que me disfrace la realidad para al menos poder conciliar el sueño. Sin embargo, Diego siempre ha preferido soltarme la verdad, aunque me duela.

—Pues tu actitud no ayuda —lo regaño, y él me coge de la mano.

—Querida Tatiana, esto va a salir de puta madre, así que relájate.

—Antes voy a ir al aseo.

—No te escapes —me advierte, porque me conoce y sin

duda recuerda que en una ocasión, al sufrir una especie de miedo escénico, me encerré en los vestuarios y no salí hasta que Diego me habló a través de la puerta hasta convencerme para que actuara. A punto estuvieron de derribar la puerta—. Te espero aquí.

—Tranquilo, iré directa a la sala de reuniones —le prometo—. Ve delante y haz tu trabajo.

Mientras camino hacia los baños, pienso en que este sitio no es tan cutre como imaginaba. La decoración no es cara, aunque sí de buen gusto. Los espacios son amplios, no huele a rancio. La única cosa que me parece extraña es que la gente que trabaja aquí no va de punta en blanco. Vaqueros, zapatillas deportivas, poco maquillaje, recogidos de pelo caseros... Es decir, cero glamur.

En fin, tampoco me voy a poner quisquillosa el primer día, aunque exigiré ciertas condiciones antes de firmar. A ver si con un poco de suerte llega la oferta para actuar en una producción clásica y esto de la ópera rock se queda solo en un mal sueño.

Encuentro los aseos y miro ceñuda la puerta, pues no se indica si es de señoras o de caballeros. No voy a entrar donde no corresponde, así que me toca esperar a que aparezca alguien que trabaje aquí y me diga cuál es cuál.

Se abre la puerta y sale una chica a la que pregunto:

—¿Es el de señoras?

—Aquí los baños son unisex —responde con amabilidad, y se marcha.

No me entusiasma, pero entro. La idea no es retocarme el maquillaje (pues me he asegurado antes de venir de que sea perfecto) ni revisar mi ropa (el conjunto de pantalón de vestir gris, camisa negra y zapatos de salón) porque es sobria y respetable. Tampoco he de mirar el aspecto de mi pelo, pues me lo he recogido en un moño bajo.

La idea tampoco es usar el excusado. Si he entrado al baño es para retrasar lo inevitable. Accedo a uno de los cubículos, saco una toallita desinfectante del bolso y, pese a que todo está bastante limpio, la paso por la superficie después de bajar la tapa. Solo necesito unos minutos y aprovecharé para llamar a Eladio. A estas horas tiene que responder. Estoy muy cabreada con él, mucho, demasiado, rabiosa incluso, pero yo lo sigo queriendo y... si me da una explicación razonable...

Si Diego se entera de esto, me abroncará; sin embargo, he de darle una oportunidad; por mucho que me duela su traición, quizá podamos resolver esto juntos.

¿Estoy desvariando? Es lo más probable, no lo niego.

Saco el móvil del bolso, pulso rellamada y de nuevo salta el buzón y oigo la voz de la operadora indicando que el número marcado está apagado o fuera de cobertura. Por pura estupidez, vuelvo a llamar y otra vez salta el maldito mensaje, aunque, antes de que este finalice, una voz procedente de fuera del cubículo dice:

—Me cago en la puta, vaya mierda de corrector de ojeras...

Frunzo el ceño, es una voz masculina.

—No tenemos mucho tiempo —susurra otra voz, esta de mujer.

—Hoy no voy a follar, me aburro contigo —le espeta el tipo.

Yo me quedo quieta, a la espera de que se vayan para no interrumpir.

—¡¿Qué?! ¡Me dijiste que la chupaba mejor que nadie!

—Te mentí, para que te callaras. Eres muy plasta. Y ahora déjame, que mira el careto que llevo y tengo una jodida reunión en cinco minutos.

Vaya drama. Esto es lo que pasa por liarse con compañeros de trabajo y tener baños unisex.

—Por favor, lo haré mejor —suplica ella—. Si quieres, ahora mismo me arrodillo y...

—Que no, no seas pesada. Ya te dije hace unos días que no me gustas, que vuelvas con tu novio y me dejes tranquilo. Que solo fue un rollo de fin de semana, no te hagas pajas mentales —contesta con desprecio.

—Es que tú follas mejor que él —insiste ella.

Vaya, qué bajo caen algunas.

—Eso ya lo sé —masculla con arrogancia—. Pero paso de ti, largo. Y no vayas por ahí lloriqueando, ¿estamos?

—Por favor...

—Hostias, mira que eres cansina.

—Por favor, haré lo que tú quieras...

Voy a llegar tarde a la reunión por culpa de estos dos idiotas. Seguro que Diego ya está nervioso y terminará buscándome.

—Ya tengo a muchas que hacen lo que yo quiera —le suelta con chulería—, y ahora hazme un favor: esfúmate y no me des más la turra.

Oigo el llanto de la chica y acto seguido el sonido de unos pasos alejándose; después, el «clic» de la puerta y, por fin, el silencio. Por si acaso decido esperar un par de minutos antes de salir.

Mi móvil emite un pitido, ha entrado un mensaje. Es de Diego.

Te estamos esperando.

Como se te ocurra huir...

Se acabó el tiempo, así que me incorporo, resignada a tener que ir a la dichosa reunión. Abro la puerta del cubículo y ¿qué me encuentro?

—¿Tú también quieres chupármela?

Me quedo ojiplática no solo porque asocio la voz a un personaje conocido, sino porque además se trata del impresentable rubio que vi en el vídeo, el vocalista de The Dumpsters. Es

decir, el cantante con el que tengo que trabajar si nadie lo remedia.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

Me aclaro la garganta. Sé que debo parecer estúpida saliendo del cubículo, porque es evidente que he oído el «interesante» intercambio de pareceres.

Él, que va con lo que debe de ser su atuendo de negocios —traje de pantalón y chaqueta aunque sin camisa, a pecho descubierto—, mete las manos en los bolsillos y me mira de arriba abajo.

—A ver, señora, ¿eres muda?

¡¿Señora?!

—No, no soy muda —acuerdo a contestar—. Y ahora, si eres tan amable, apártate.

—Antes dime qué hacías ahí escondida... Ah, espera, masturbarte mientras me espiabas, ¿verdad?

—¡¿Perdón?! —exclamo anonadada ante un comentario tan vulgar como falso.

—Venga ya, señora, reconócelo. Tienes pinta de no follar desde hace siglos y has pensado: «A lo mejor hoy es mi día de suerte».

—Yo no tenía ni idea de que encontraría en los aseos un espectáculo tan bochornoso y por ello he sido lo más discreta posible —arguyo, ante lo cual él tiene el descaro de carcajearse.

—Ay, ay, ay —se mofa—. No pasa nada por admitirlo, aunque hoy no va a poder ser, querida.

Lo fulmino con la mirada cuando, además de comportarse como un cretino, me hace una reverencia burlona antes de apartarse y dejarme pasar.

Camino furiosa hacia la puerta, convencida de que no voy a aceptar este trabajo. Ni loca. Se ponga Diego como se ponga.

—¡Eh, señora, un momento! —me grita el impresentable.

Por supuesto, lo ignoro, dispuesta a seguir mi camino. Pero él me sujeta de la muñeca.

—¿Cómo te atreves?

—A ver, las señoras de tu edad seguro que lleváis potingues para disimular arrugas en el bolso. ¿Tienes algo?

—¿Me estás pidiendo maquillaje?

—Un corrector o algo así.

Parpadeo, esto es lo más surrealista que me ha sucedido en la vida.

—Espera un segundo...

Me suelta, abro el bolso, saco el pequeño estuche de cosméticos que llevo y se lo entrego.

—Oh, joder, qué bien...

Se acerca al espejo y yo, que me muero de curiosidad, me sitúo a su lado y observo cómo se aplica el producto, pero me doy cuenta de que lo está haciendo de forma incorrecta porque se trata de un maquillaje muy denso y es mejor utilizar más bien poco para que el resultado sea óptimo, así que decido intervenir.

—Déjame a mí, que, si no, vas a parecer un payaso —ordeno, y, en vez de protestar, dobla las rodillas para quedar a mi altura.

—Te estarás preguntando por qué necesito retocarme...

—Prefiero seguir en la ignorancia —lo interrumpo.

Utilizo una pequeña esponja para aplicarle el maquillaje y, al estar tan cerca, percibo su perfume. No lo identifico, pero al menos no resulta desagradable.

—Es que a veces me encuentro con cada fiera... —insiste en hablar, y, para evitarlo, le doy toquecitos con la esponja cerca de los labios—... que se me echa encima, como si yo llevara un letrero que dijera SELF-SERVICE.

—He dicho que prefiero seguir en la ignorancia.

—Anda ya, si estás loca por meterme mano, mira cómo te arrimas.

Termino de arreglarle de forma brusca y, tras recoger mis cosas, le espeto:

—He acabado. Buenos días.

—¡Eh, señora, que también necesito el *eyeliner*!

No suelo huir; sin embargo, salgo todo lo rápido que puedo, hasta choco con un hombre con el que ni siquiera me disculpo.

Estoy algo desorientada, no tengo ni la más remota idea de dónde está la sala de reuniones, pero me de igual. No aceptaré este trabajo.

Miro alrededor en busca de la salida y, cuando creo que la he encontrado, me tropiezo con Diego.

—Joder, Tatiana, lo sabía —masculla en tono acusatorio—. Siempre haces igual: en cuanto me descuido, intentas jugar-mela.

—Yo...

—Escucha: o entras ahí —dice señalando con el brazo extendido la zona donde se supone que está la sala de reuniones— o se acabó.

Respiro hondo para encontrar las palabras precisas y así exponerlas para que mi agente comprenda la situación.

—Diego, yo, de verdad, no pretendo decepcionarte... —tutubeo y él frunce el entrecejo mientras niega con la cabeza—, pero es imposible que yo sea capaz de...

—Por lo menos, da la puta cara. Entra en la sala y dile a esa gente que ha apostado por ti que, como buena diva caprichosa, vas a dejarlos plantados.

—Diego...

—Ni Diego ni hostias, maldita sea —me corta enfadado—. Así que, venga, acompáñame de una condenada vez.

—De acuerdo —acepto porque sé que ha estado trabajando para que yo tenga oportunidades.

—Compórtate como una persona madura por una vez en tu vida, Tatiana.

Caminamos en silencio hasta la sala. Como las puertas son de cristal, veo a los reunidos antes de entrar. Y, sí, ahí está el impresentable. Sonriendo tan pancho.

Diego empuja la puerta y coloca una mano en mi espalda. No es un gesto caballeroso, sino para asegurarse de que entro.

—Buenos días —me saluda una chica con el pelo naranja, peto vaquero y botas militares—. Soy Cuca, la directora del proyecto.

—Encantada.

—Y te presento al resto de mi gente...

En la sala —además del impresentable al que ya tengo el dudoso honor de conocer y de Diego, que permanece con expresión neutra—, están los dos tipos que han escrito la ópera rock, Damián y Jerónimo; la productora, Estefanía; y otra chica, la becaria, que se llama Luisa. Así a ojo dudo que ninguno haya cumplido los treinta. Estupendo, voy a trabajar con gente a la que como mínimo saco diez años.

El único asistente que parece haber llegado a los cuarenta es Herman, el representante del que, si nadie lo remedia, será mi compañero de trabajo.

—Y, por supuesto, está Killian —ha dejado al impresentable para el final.

Él, como si no hubiésemos coincidido en el aseo, se levanta para estrecharme la mano. Bueno, al menos es educado cuando la situación lo requiere.

—¿Por qué me presentáis a la encargada del maquillaje? —pregunta con una sonrisilla estúpida que me dan ganas de borrarle de un tortazo.

—Killian, por favor —tercia Herman con voz de reprimenda—. Ella es Tatiana Belmonte, mezzosoprano. Así que cómporate, ¿de acuerdo?

—No tengo ni pajolera idea de cómo canta, pero maquilla de puta madre, puede hacer doblete.

—Tranquila —susurra Diego a mi lado cuando percibe que estoy a punto de saltar y responderle como se merece, por impertinente.

—Bien, hechas las presentaciones...

Cuca, es decir, la directora (me parece demasiado joven para serlo), nos explica los detalles de la obra. Quiere que *Entre mis recuerdos* no sea una ópera rock más de esas que pasan sin pena ni gloria. Por eso, de acuerdo con Damián y Jerónimo, van a imprimirle a la producción un carácter muy moderno. No quieren limitarse a que los actores canten e interpreten con más o menos profesionalidad.

Después les llega el turno de hablar a los creadores. Creo que sobra la parte en la que comentan las sensaciones que han experimentado mientras trabajaban en la composición, lo mucho que significa para ellos que este proyecto por fin haya encontrado financiación y, por supuesto, que cuentan con la implicación a nivel emocional de todos. Pues conmigo que no cuentan.

Sé que está muy feo, pero yo bostezo, aunque con disimulo. Cada vez me interesa menos porque esta charla no aporta nada al proyecto. Preferiría hablar de cuestiones técnicas y, de paso, encontrar la excusa perfecta para no participar.

—¿Es necesaria esta chapa que nos estáis dando? —interrumpe el impresentable, y por una vez estoy de acuerdo con él.

—Sé que a priori esto puede parecer aburrido —alega Jerónimo.

—Lo es —confirma Killian, y me señala—. La gran diva tiene una cara de aburrimiento que no puede con ella.

De repente soy el blanco de todas las miradas. Yo mantengo (no sin esfuerzo) una expresión seria, como si estuviera concentrada.

—Sigamos, por favor —pide Cuca.

Por suerte la interrupción del impresentable hace que los

compositores se dejen de tonterías y hablen de *Entre mis recuerdos* de forma práctica..., aunque igualmente yo me aburra.

Siento la mirada de Diego, que, a mi lado, está pendiente de cualquier reacción. No lo culpo; sabe demasiado bien cómo soy, cómo reacciono, y no es ningún secreto que para mí esto es peor que cuando me enfrenté a mi primera audición en un teatro. Porque, en aquella ocasión no tenía nada que perder; en cambio, ahora, mi nombre (aunque sea dentro del reducido mundillo operístico) es conocido.

—¿La becaria no trae café? —interrumpe el impresentable, y la aludida se levanta con rapidez con el bloc en la mano.

—Si me apuntan cómo lo quieren... —pide con timidez.

Mira por dónde todos aprovechan, incluida yo, que anoto un té rooibos con sacarina. Y el último en coger la libreta es...

—¿Qué mierda es esa del rooibos? —Escribe algo y añade—: ¿Estás estreñida?

Cuca, antes de que la sangre llegue al río, le pasa la lista a la becaria y retoma la conversación.

Tres cuartos de hora más tarde ya no sé ni cómo sentarme y encima noto que el impresentable no me quita los ojos de encima, manteniendo una media sonrisilla burlona que me saca de quicio.

—Tatiana, entendemos que para ti esto es muy diferente a lo que estás acostumbrada —interviene Damián poniéndome cara de niño bueno, y pienso: «¿De verdad cree que así va a convencerme?»—. Pero solo una voz como la tuya puede con este papel.

Vaya, sabe hacer la pelota.

—¿Va a cantar ahora? —inquieta el impresentable—. Lo pregunto para aprovechar e ir a mear.

—Killian... —masculla su representante—. Ya vale.

—Es que me meo de verdad —arguye, y se frota el pecho desnudo.

—Agradezco tu cumplido. —Añado una sonrisa para no parecer muy altiva.

—Mientras componíamos la obra, pensábamos solo en ti. Desde que te oí cantar *Voi lo sapete o mamma* siempre he querido trabajar contigo —añade Jerónimo tan pelota que me gusta.

Entonces, para jorobar mi momento, el impresentable entona una canción que no conozco, por lo cual doy por hecho que es de The Dumpsters. Dice algo así como «...esta noche voy a llevarme tu coche sin permiso y voy a follar en él con mi vecina...».

—Memorable —farfullo cuando acaba.

—¿A que sí?